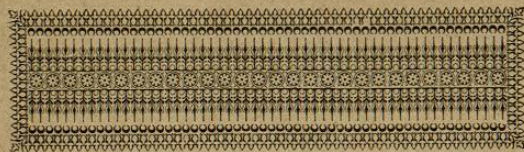


A decorative floral border with a central figure, possibly a cherub or a person, holding a staff or scepter. The border is composed of intricate scrollwork and floral motifs, framing the text below.

Correspondencia epistolar



UNIVERSIDAD DE BREVES  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTEREY, MEX.

#### CORRESPONDENCIA EPISTOLAR.

**C**UANDO el desarrollo lento y progresivo de las especies animales había llegado hasta el hombre, se escapaba de una boca entreabierta la primera sílaba de las lenguas, revelando el admirable organismo de los aparatos de la voz. La sílaba fué contestada con la sílaba, y así nació la trasmisión del pensamiento. La alegría y la sorpresa formaban con la

primera mímica las primeras palabras, y el hombre comenzó á difundir su espíritu sobre toda materia inanimada. El cielo, el sol, la luz, la noche, las estrellas, los árboles, al través de la convexidad de la pupila, iban á escribir una idea en el cerebro humano, idea que se exhalaba en sonidos articulados. Repetir el sonido por respuesta era entenderlo, y así nació el nombre, y así el espíritu humano tomaba posesión de la naturaleza, y así brotó con el primer destello de su inteligencia la idea de su superioridad sobre la tierra. Entónces el sentimiento inventó el adjetivo, y el orgullo inventó el *yo*. La primera concentración de la mente entre estos elementos halló el verbo, y el hombre pudo hablar. Y habló. Acopiaba palabras infinitas, atesoraba en la memoria las innúmeras combinaciones de sonidos que acompañaba con la mímica y el gesto: y la ardua tarea de ese almacenaje mental era la gimnasia de sus facultades intelectuales, que se desarrollaban ayudando la observación á la intuición, la deducción

al cálculo, el juicio á la sentencia y la necesidad á la inventiva.

Pero al fin no cupo en la memoria el material acopiado; creciendo el tesoro de las ideas escapábanse algunas por una puerta que se llamó *olvido* desde entonces, y el hombre las grabó en la piedra y con la piedra; así animó dos veces la materia: primero la dió un nombre y luego asoció la piedra á sus ideas, buscando la perpetuidad y extendiendo su poder sobre lo futuro. Tapió para siempre con piedras esculpidas la puerta del olvido, para no dejar retornar á la nada sus pensamientos. Así inventaba el hombre la escritura. Con el pensamiento, el lenguaje y la escritura formaba la trípode de la inmortalidad, aniquilaba el tiempo y tomaba posesión del infinito.

Desde los geroglíficos sobre piedra hasta el teléfono, la historia de la inteligencia humana recorre un trabajo de segundo en segundo, por miles de años, para la trasmisión del pensamiento; y el siglo actual reproduce, como arenas el mar, hojas de papel

y plumas. El derecho de instruirse abre de par en par las escuelas y las áulas y perfecciona la conquista de la trasmisión del pensamiento, al grado que sea tan fácil hablar como escribir.

Y sin embargo, ¡ay de nosotros! tantos siglos de trabajo y de lucha, tantos esfuerzos inmortales para afianzar la más preciosa de las adquisiciones son—apenas nos atrevemos á decirlo—son inútiles para ciertas gentes. Y no nos referimos á las que no saben escribir, porque esas viven entre nosotros con el adecuado calificativo de *pobres gentes*. No señor, aludimos á las gentes que saben escribir; más todavía, á las que escriben bien, entrando en este número algunos escritores públicos y hasta algunos pendo-listas.

Pero condición de la naturaleza humana es el cansarse. Se cansa el hombre, se cansa la sociedad, se cansa la pluma. Una vez la sociedad moderna en posesión de la escritura, quiere decir, del cabo de ese hilo que ha venido tejiéndose desde la aparición del

hombre, viene como una malaria de cansancio sobre la sociedad, y el hombre de sociedad suelta ese cabo de siglos, simbolizado en el de la pluma, y qué sucede? Sucede nada aparentemente, nada trascendental á la masa del mundo, nada que influya en el progreso de las naciones; porque mientras algunos sueltan el cabo susodicho, corren millones de plumas sobre el papel y millones de cilindros entintadores sobre los tipos de imprenta, y la trasmisión del pensamiento sigue siendo, en toda su actividad y su grandeza, el estrecho abrazo del alma con los siglos del infinito.

Nuestra sincera y profunda lamentación se refiere particularmente á las gentes que, sabiendo y debiendo escribirle á V., no le escriben. ¿Y por qué no lo hacen? ¿por qué no le aman? ¿por qué no le estiman? ¿por qué no le necesitan? No tal, porque precisamente dejan de escribirle á V. los que le aman, los que le estiman y hasta los que le necesitan. Debe pues haber una causa superior á tan sagradas consideraciones y á tan

poderosos motivos, para que las personas civilizadas se excusen de practicar esa inapreciable prerogativa del sér inteligente. ¿Cuál es esta causa? Hé aquí precisamente el *busilis* que nos pone el cabo de la pluma entre los dedos, y que dá hoy materia y pasto á uno de nuestros artículos lijeros sobre temas trascendentales.

Hablamos arriba de una malaria de cansancio que se apodera de la sociedad, malaria abrumadora y enervante, que es como el rechazo de esfuerzos sostenidos difícilmente, de actividades que se extinguen. Sucede á la Inquisición y al poder absoluto del clero el cansancio religioso; sucede á medio siglo de luchas el cansancio de la guerra. Sucede á medio siglo de cambios de gobierno el cansancio político, y sucede á la controversia de las conciencias y á los lazos rotos de las familias y á la división de los partidos y al triunfo de la inmoralidad, el cansancio social. Los miasmas paludianos de nuestros trastornos públicos se enseñorean en las ciudades, y estos miasmas palu-

dianos sorprenden al niño al salir de la escuela, donde aprende á leer y escribir, para abandonar en seguida el libro y la pluma. La instrucción pública hace ruido al abrir la puerta, y los alumnos salen en silencio, porque la malaria social les hace olvidar leer y escribir. Qué hacen esos alumnos? Sigámosles sin descanso al través de la sociedad cansada, y sigámosles íntimamente, interviniendo en sus menores acciones, que es el medio por el cual vendremos á conocer la realidad de las anteriores aseveraciones.

Parecería á primera vista paradógico asegurar que la flaqueza humana suele olvidar el fin por el medio; ó de otro modo: llega á desentenderse del objeto entretenido en los medios de conseguirlo. Enúnciolo con el debido respeto á los propagadores de la instrucción pública en México, permitiéndome llamar su ilustrada atención hacia el fin práctico de la escritura. Bueno, muy bueno y necesario es saber escribir, bueno y útil es saber escribir bien, en el sentido de tener buena letra; bueno, y provechosísimo es

adquirir la facultad de comunicarse por escrito y bueno y hasta excelente es escribir bien, supuesto que esto es una prerrogativa de ciertas inteligencias; pero ello es que la adquisición de esta facultad en todos y cada uno de sus grados, tiene este solo objeto: la trasmisión del pensamiento al través del tiempo y de la distancia.

Y no se diga que ésta es una práctica reservada solo á los hombres de letras, á los publicistas y escritores, á los estadistas y literatos. Muy lejos de eso, es una práctica universal que obliga á toda persona bien nacida, á toda persona civilizada; es un deber social, un deber doméstico, un deber civil, y un deber inherente é ineludible de una buena educación.

Sigamos al alumno que acaba de recibir el primer premio de escritura de manos del ciudadano Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos. El director del plantel que hace aquel escándalo se regodea en su sillón apropiándose, con justo título, las nueve décimas partes de los resplandores

de aquella gloria caligráfica, y piensa, con toda la beatitud de la conciencia del bien obrar, que ha cumplido su misión, que ha llegado con felicidad al término del camino. ¿Cuál era su misión? Enseñar á escribir. Pues bien, enseñó á escribir á aquel alumno y á muchos otros también, primeros premios de escritura; escriben, y escriben bien, y algunos hasta admirablemente. ¿Qué le resta al maestro sino saborear la voluptuosidad de aquel triunfo pedagógico, dándose el aire del peón que descansa sobre su zapapico después de terminado el primer tramo de terracería, donde se echarán los durmientes que soportarán los rieles por donde deberá pasar la locomotora del ferrocarril interoceánico?

Se acaban los premios, y sigue el almuerzo de familia, casi hecho todo en honor de las planas del niño, que figuran en primera línea. Se acaba también el almuerzo; y el niño, como ya sabe escribir, no vuelve á escribir, por muchas razones. En primer lugar, porque no tiene necesidad de ello; en

segundo lugar, porque como ya aprendió á escribir, ya no tiene á mano buenas plumas ni papel, excepto el de su papá que le está prohibido usar por respeto; y en tercer lugar, y hé aquí la gran cuestión, porque el maestro le enseñó á escribir, pero nunca le dijo para qué, ni con qué objeto, que por sabido se calla.

Ya hemos dicho que el maestro se quedó descansando sobre su zapapico una vez terminado el primer tramo de terracería; quiere decir, una vez terminada la clase de escritura. Decir al niño para qué le enseñaba á escribir, hubiera sido inútil; lo que importaba era enseñarle, y lo más importante era que el niño aprendiera. Todo el mundo sabe para qué es buena la escritura, y es una cosa tan buena, el saber escribir, que no se necesita encarecerla, es una de aquellas cosas buenas que se recomiendan por sí solas, y además, saliendo de la escuela, cada cual tomará el camino que más le cuadre. Por lo general, lo que más cuadra á los niños es dejar de hacer aquello que han hecho mu-

cho; como por ejemplo, escribir. Apelo al que me lea, y si registra cuidadosamente sus recuerdos, encontrará en su vida, con toda seguridad, el período del cansancio en el escribir inmediatamente después de su último premio de escritura. Con las planas de los premios se acaba la necesidad de escribir, y tengo para mí que precisamente entonces es cuando empieza, no sólo la necesidad, sinó el deber de escribir, porque el deber escolástico se convierte en deber social.

Siga apelando el que me lea al testimonio de su conciencia; y salvo las excepciones de toda regla, encontrará, que hoy no escribe tan bien como cuando joven, y que en esto de comunicarse por escrito ha sido un tanto omiso, debido á la falta de costumbre, y sobre todo á que ha encontrado siempre más de su gusto y más expeditivo hablar que escribir.

Entrando en otro orden de ideas, encontramos en estas aberraciones ese difícil punto que existe para pasar de la teoría á la prác-

tica; ó de otro modo, la dificultad de la aplicación práctica de las cosas teóricas, de las cuales solemos ser sobradamente ricos. Tenemos por ejemplo, teorías religiosas, teorías políticas y teorías sociales, todas excelentes: pero sucede en la práctica que muchos rezan sin llegar á ser católicos; muchos liberales ejercen el despotismo, y muchas personas de alta posición social cometen faltas de educación y buenas maneras.

Ocupémonos sólo de esta última, de la serie de teorías excelentes, que es la que cumple á nuestro propósito.

Los que hemos tenido el penoso deber de poner una distancia considerable entre nosotros y los nuestros; los que nos hemos alejado de ese círculo entrañable de nuestras afecciones y nuestros recuerdos; los que hemos vivido, en fin, lejos de la patria, hemos dejado un día frescas y fragantes, como las flores de un ramillete en la mañana, nuestras más caras simpatías, sembradas, para consuelo de la desolación de

nuestra ausencia, por ventura, entre personas todas cultas y casi todas acreedoras en un tiempo al primer premio de escritura. Al recorrer la tangente de nuestro círculo, hemos bendecido nuestra hora de venir al mundo, tan adelantado en la trasmisión del pensamiento. Llegamos al fin de nuestro viaje, interpusimos el tiempo y la distancia entre nosotros y nuestro círculo, y la helada realidad de las cosas y la difícil aplicación á la práctica de las teorías más obvias, han venido á inspirarnos en nuestras horas de aislamiento, de abandono y de soledad, este pensamiento, nacido en el fondo de nuestra amarga meditación:

«Si se hubiera establecido hace algunos años en nuestras escuelas una clase de correspondencia epistolar, para dar á la instrucción caligráfica la aplicación práctica que demandan la urbanidad y los deberes sociales, para no derrochar los conocimientos adquiridos y para que la ilustración recoja el fruto deseado y alcance el fin lógico que se propone, ¡cuánto, cuánto se hubieran



amenguado las tristezas de la ausencia y la amargura de la expatriación!»

Desde el momento en que la escritura resuelve la cuestión de transmitir el pensamiento al través del espacio, parece natural que, sea cual fuere la extensión del espacio que el pensamiento haya de recorrer, se recurra á la escritura. Pues no sucede así en la práctica.

Volvemos á seguir al alumno que salió de la escuela, y en quien la idea *escritura* fué siempre hermana de esta otra idea: *planas*. Este alumno abandona la escritura al entrar en sociedad, y á menos que su vocación sea la de escritor, perderá la costumbre de escribir, porque no aprendió ni se acostumbró en la escuela á escribir cartas.

Este olvido presenta hoy al ojo del observador los siguientes cuadros:

Una casa en la cual no falta nada del refinamiento moderno: hay desde espejos hasta cacharros de cocina. Album de fotografías y todo lo necesario, menos un tintero en actual servicio, plumas y papel.

Una persona que escribe una carta á un amigo sobre asunto importante y no recibe contestación. Un mes después se encuentran:

—Dispénsame, hombre, que no contestara tu esquela, pero no lo has de creer, no tenía el tintero á mano, y luego, que me proponía verte, y..... ya sabes..... se vá pasando tiempo, etc.

Una señorita que tiene que comunicar algo urgente á su prima; no puede ir á verla, y como no tiene costumbre de escribir cartas, envía recado con una criada, á despecho de la discreción y el sigilo y á riesgo de las tergiversaciones de la inculta doméstica.

Una persona que no se atreve á escribirle á V., porque como es V. escritor, teme le critique V. su ortografía, que ha olvidado un poco por la falta de costumbre de escribir cartas.

Otro señor que no le ha escrito á V. por el motivo (extrictamente privado) de no saber cómo se escribe Washington, y no se atreve á preguntarlo.

Escribe V. una esquila que contiene una disyuntiva ó una alternativa, y naturalmente demanda contestación categórica que resuelva una de dos proposiciones, y su criado de V. vuelve trayendo en los labios esta frase sacramental:—Que está muy bien.

Estas personas no vacilan en decirle á usted con una ingenuidad angelical:—Yo no le he escrito á V., la verdad, porque..... ya sabe V., que soy muy flojo para escribir; pero me he acordado de V., etc.

—Así lo creo, contesta V. fingiendo quedar muy satisfecho.

Esa clase de personas son por lo general ajenas del todo, como si vivieran en otro planeta, al movimiento de vapores, á los itinerarios, á las salidas del correo, y á todo eso que se relaciona con la correspondencia. Esas son las personas que exageran la inseguridad en los caminos y el mal servicio del correo, y de las que á pesar de la Unión postal y el servicio regular de las malas, aprovechan gozosísimos un conducto particular para escribirle á V. una carta que

nunca recibe. ¿Por qué existe esa generación que aprendió á escribir para no volver á escribir? Porque en las escuelas no ha habido una clase de correspondencia epistolar que arraigue en el educando para siempre, no sólo la costumbre de escribir cartas, sino la facultad de transmitir con facilidad sus pensamientos al papel, y el hábito, general entre caballeros, de contestar la carta con la carta, la esquila con la esquila, regla rudimentaria de buena educación.

Establézcase esa clase en todas las escuelas y bájese el porte del correo, y la generación que viene estará más á la altura de la civilización del siglo.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, MEXICO